

ENTRE EL AMOR Y EL ODIO: CAÍN EL PORTAVOZ DEL DOLOR Y LA INDIGNACIÓN

MAXIMILIANO JOSÉ SUAREZ

Debo admitir, sin embargo, haber sentido (y de nuevo una sola vez) la tentación de ceder, de buscar refugio en la oración. [...] Durante un instante, he sentido la necesidad de pedir ayuda y refugio. Después, a pesar de la angustia, se ha impuesto la ecuanimidad: no se cambian las reglas del juego al final de la partida ni cuando estás perdiendo. Una oración en aquellas circunstancias habría sido no solo absurda (¿qué derechos podía reclamar?, ¿a quién?), sino también blasfemia, obscenidad, llena de la mayor impiedad de la que es capaz un no creyente. Dejé de lado aquella tentación: sabía que así, si sobrevivía, no tendría que avergonzarme.

Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*

En este trabajo sobre *Caín* de José Saramago lo que se propone es hacer una reflexión de la obra tomando prestadas algunas palabras y algunos conceptos que la filosofía brinda para iluminar aquellas páginas que tanto tienen por decir y por hablar. Una lectura necesaria que se inscribe en las coordenadas de este tiempo para pensar una ética de la responsabilidad. Esta obra del año 2009 fue la última que publicó el autor en vida meses antes de su deceso penoso en junio de 2010¹. Novela escrita en tan solo cuatro meses y en la que el escritor vuelve a revisar y transitar por algunos pasajes que le inquietan del Antiguo Testamento. Otra vez, el escritor lusitano, insta por medio de la ficción volver los ojos al pasado, como el ángel

benjaminiano de la historia, para recuperar algunos acontecimientos que merecen la atención.

Según datos relevados, en su primera semana de publicación la novela de *Caín* vendió treinta mil ejemplares. Si se presenta este dato es tan sólo para pensar la movilidad y repercusión que tuvo la obra, novela que asumió como reacción violenta por parte de un sector de extrema derecha política. Como escribió Gómez Aguilera: “En 2009, la aparición de Caín reavivó la polémica y el desencuentro. En su última *nouvelle*, resucitó la querella religiosa encausando literariamente su vena antirreligiosa y su ateísmo militante de cara a combatir el yugo de las creencias [...] que, a su juicio, tenían como característica común la violencia y el absurdo sobre el que se sustentan” (2010, p. 132-133). En los años noventa Saramago ya había abordado la cuestión religiosa con *El Evangelio según Jesucristo* (1991), novela que le trajo indignación y rabia ya que el gobierno portugués se había negado, en un principio, a que fuera presentada para el Premio Europa “alegando que no representaba a los portugueses” (ARIAS, 1998, p. 10). Este acontecimiento lo llevó a tomar la decisión de mudarse para Lanzarote², su última morada y refugio junto a su esposa.

Cuando se publicó *Caín*, el propio autor tomó posición y palabra sobre la repercusión que podría ocasionar la obra alegando que:

los católicos no tienen motivos para enojarse con *caín*, porque no tiene nada que ver con ellos. El libro habla del Antiguo Testamento, y me parece que los católicos no leen la Biblia ni el Antiguo Testamento. Tienen el Nuevo Testamento, que es un texto simpático con paráboles bonitas. Creo que caín sentará mal a los judíos, porque la Torá es su libro. Me llamarán de nuevo antisemita. No me importa. He escrito el libro que quería y creo que es una buena obra literaria.³

Recuperando el pensamiento del Premio Nobel de literatura (1998), está la idea de que él escribía para *desasosegar*⁴, porque había personas o instituciones que no quieren ser desasoregadas. Saramago fiel a sus palabras y pensamientos deja en claro que al abordar estos tópicos religiosos, su problema no es con los creyentes sino con la institución: “A los creyentes los respeto muchísimo, pero por la institución que los representa no tengo ningún respeto. Respeto a la creencia, a la fe, pero a la administración de la creencia, de la fe, no la respeto” (apud AGUILERA, 2010, p. 139-140). El escritor lusitano, en este punto, está consciente de que existe

algo aún mayor y es el “*factor dios*”, “eso sí existe. Es contra el *factor dios* [contra lo] que yo escribí. Contra dios es una guerra que no tiene sentido. Yo no sé dónde está, y no voy a desarrollar una guerra contra un enemigo — suponiendo que sea un enemigo — que no sé dónde hallarlo. Pero el factor dios sí sé dónde está: está aquí [en la cabeza]” (apud AGUILERA, 2010, p. 142-143).

Recordemos que el artículo titulado “El factor dios” salió publicado por primera vez en el diario *El País* de Madrid, una semana después de lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 en la ciudad de Nueva York con el atentado a las Torres Gemelas. En ese texto el Premio Nobel de literatura escribió:

ha sido el “factor dios”, ese que es terriblemente igual en todos los seres humanos donde quiera que estén y sea cual sea la religión que profesen, ese que ha intoxicado el pensamiento y abierto las puertas a las intolerancias más sórdidas, ese que no respeta sino aquello en lo que manda creer, el que después de presumir de haber hecho de la bestia un hombre acabó por hacer del hombre una bestia. [...] desconfíe del “factor dios”. No le faltan enemigos al espíritu humano, mas ese es uno de los más pertinaces y corrosivos. Como ha quedado demostrado y desgraciadamente seguirá demostrándose (SARAMAGO, 2002, p. 66-67).

Lo que deja en claro Saramago aquí es la demostración pura de los usos del poder, alertando a la mirada y al pensamiento para no adormecer la conciencia. No anestesiarse frente al poder que no tiene límites y que no es comprensible ante la razón. Quizás, es por eso que el narrador en *Caín* dice que “la historia de los hombres es la historia de sus desencuentros con dios, ni él nos entiende a nosotros ni nosotros lo entendemos a él” (2010, p. 98).

En esta ocasión, nos ocuparemos de *Caín*, una obra donde la “*música de la biblia está ahí... donde el perfume bíblico*” se hace presente nuevamente, según comentó la traductora Pilar del Río en la presentación del libro, en la última visita de José a Casa de América en 2009.⁵

El primer disparador del libro al que se le debe prestar atención, además del título, es el epígrafe, porque allí está remitiendo a otro texto, está señalando las grandes orientaciones de lectura de lo que vendrá después. Reza lo siguiente:

“Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio mejor que el de Caín; por la fe, Dios mismo, al recibir sus dones, lo acreditó como justo; por ella sigue hablando después de muerto”.
Hebreos, 11,4
LIBRO DE LOS DISPARATES

Como puede observarse, el epígrafe remite a un pasaje real de la Biblia y da los elementos para que se lo compruebe: “Hebreos, capítulo 11, versículo 4”, pero lo que sorprende de esto no es ese pasaje, sino el libro que Saramago menciona como fuente de donde fue extraída la cita: “LIBRO DE LOS DISPARATES”. Un nombre ficcional que está escrito en mayúscula sostenida tanto en su versión en portugués como en español, donde se conjuga el humor y la ironía. Aquí está el primer anticipo de lo que vendrá. La dedicatoria de la obra está hecha *A Pilar, como si dijera agua*. Una obra que toma elementos de aquella historia pasada para darle un giro y saldar algunos hechos pendientes. El paraíso, Babel, Sodoma y Gomorra, el monte Sinaí o la ciudad amurallada de Jericó son los lugares en lo que transcurren los episodios y circulan los personajes.

Desde una mirada narratológica se puede decir que la narración no sigue muchas veces el orden cronológico de los hechos, sino que el lector necesita organizar el texto para una mejor comprensión. El narrador juega con el tiempo en el que transcurren los hechos. Presenta algunas anacronías narrativas que tienen que ver con una discordancia en el tiempo de la historia. Saramago al respecto de eso expresó: “Inventé, no el futuro ni el pasado, sino lo que llamo otro presente. De repente, caín se encuentra en otro presente, no importa que sea pasado o futuro. Creo que conseguí conservar el humor en un tema tan complicado. El libro es divertido y profundamente serio”.⁶

En este sentido, el escritor portugués delimitó el camino y las pistas para seguir la trama de la historia sin que se pierda el sentido propuesto. El autor ha venido haciendo algunos señalamientos, el humor y la ironía estarán presentes a lo largo de esas páginas a modo de paliativo ante tanto horror.

En relación al narrador de la historia se deben hacer algunas aclaraciones puntuales que permitan entender la obra y seguir dándole sentido al texto desde el lugar que se merece. Ese “discurso globalizador” en donde todos los elementos se entrelazan es el narrador saramaguiano. El “narrador omnisciente” es el autor.⁷ No sólo narra lo que desea sino que corrige lo que ha dicho, juega con el lector, le aclara situaciones y lo cuestiona. El narrador de esta historia, en palabras del Premio Nobel, “actúa como intermediario, a veces como un filtro, que está allí para filtrar lo que pueda ser demasiado personal” (apud AGUILERA, 2010, p. 252).

Pues bien, quizás es hora de preguntar ¿quién es caín⁸? y ¿qué tiene para decir? Está claro que para cualquier lector o lectora que se enfrente con este texto tendrá motivos más que suficientes para tomar la palabra y hablar sobre él. Sin embargo, es importante recordar que caín es la persona que nunca tendrá alegría. Él es, dice el narrador, “el que mató a su hermano, caín es el que nació para ver lo inerrable, caín es el que odia a dios” (2010, p. 156). Después de leer esto, no quedan motivos para pensar que caín tenía demasiados impulsos para tomar esta actitud contra “el dueño soberano de todas las cosas” (2010, p. 39). Él ha sido castigado, “andará errante y perdido por el mundo” (2010, p. 41) con una señal en su frente que le impedirá que nadie pueda hacerle daño; pero esa “marca” que tiene será el peor castigo que podrá imaginar. Esa, es la marca que le permitirá contemplar los horrores del tiempo... de aquel tiempo.

“¿Cómo se puede narrar la violencia, sobre todo cuando alcanza niveles de desmesura y horror que arrasan con todo lo que de humano hay en el hombre?” escribe Lespeda (LESPEDA en BASILE, 2015, p. 35). La literatura clásica ha enseñado y demostrado que el horror es algo que no se puede contemplar. El ejemplo más claro y más antiguo de eso está personificado en figura de Medusa y de Medea. “La primera nos recuerda, [escribe Adriana Cavarero] que “el asesinato de la unicidad”, como diría Hannah Arendt, es un crimen ontológico que va mucho más allá de la muerte. La otra nos confirma que tal crimen se consuma en un cuerpo vulnerable. [...] Medea la célebre madre infanticida se limita precisamente a matar al inerme, no lo tortura” (2009, p. 58-61). Por otro lado, si se recuerda la famosa tragedia griega Edipo Rey de Sófocles, allí el personaje de Edipo al enterarse de todo lo que sucedió con su familia y de lo que se vaticinó por medio del Oráculo de Delfos se había cumplido, decide que no merece tener el don de la vista.

Aquel acontecimiento decía:

Entonces ocurrió algo terrible de ver: él le arrancó del vestido los broches de oro con los que ella se adornaba, los levantó y se los clavó en las órbitas de sus propios ojos, gritando que ya no verían las desgracias que él había sufrido y los males que él había causado, sino que estaría en tinieblas por el resto del tiempo para no ver a los que debía y no conocer a quienes sí quisiera. Y mientras lanzaba estos lamentos una y otra vez, se iba golpeando los ojos con los broches (SÓFOCLES, 2009, p. 63).

Y prosigue Edipo, más adelante, respondiéndole al corifeo los argumentos sobre el por qué no merecía ver:

No trates de demostrarme que lo que hice no es lo mejor y deja de darme consejos. Porque, si tuviera vista, no sé con qué ojos hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desdichada madre, pues los crímenes que cometí contra ellos merecen un castigo peor que la horca. Además, ¿podría ser algo deseable para mí contemplar a mis hijos, nacidos como nacieron? Seguro que no, al menos con mis ojos. Y tampoco podría contemplar la ciudad, ni su muralla, ni las sagradas imágenes de los dioses. [...] ¿Podría miraros de frente con mis ojos? De ningún modo. Y si hubiera sido posible cerrar la fuente de audición de mis oídos, no habría dudado en obstruir mi desventurado cuerpo para no ver ni escuchar nada (SÓFOCLES, 2009, p. 65-66).

Edipo deja en claro que no puede contemplar con sus ojos la tragedia ocurrida. En la obra de Saramago, caín estará presente para ajustar cuentas con dios sobre algunos crímenes ocurridos, quizás porque se siente con el derecho a preguntar por esos acontecimientos. El personaje alega que dios tiene “una responsabilidad” en esos hechos fatales y debe dar explicaciones. Saramago inmortaliza a caín a través de la figura de dios para que pueda ver espanto y pedir respuestas ante algunas injusticias que se traducen en horror, horror y más horror. Escribir y mencionar sobre este término implica revisar nuevamente un archivo teórico que dé cuenta de algunas formas de resistencia ante la violencia expuesta. Como argumenta Adriana Cavarero “el horrorismo, aunque con frecuencia tenga que ver con la muerte o, si se quiere, con el asesinato de las víctimas inermes, se caracteriza por una forma particular de violencia que traspasa la muerte misma” (2009, p. 61).

En este punto, caín es la voz de la conciencia, la reflexión y del arrepentimiento: “abel no era ningún cordero, era mi hermano, y yo lo he matado” (SARAMAGO, 2010, p. 44). Y continúa más adelante:

Si el señor, que, según se dice, todo lo sabe y todo lo puede, hubiese hecho desaparecer de allí la quijada del burro, yo no habría matado a abel, y ahora podríamos estar los dos en la puerta de casa viendo caer la lluvia, y abel reconocería que realmente el señor hacía mal no aceptando lo único que yo le podía ofrecer, las simientes y las espigas nacidas de mi afán y

de mi sudor, y él todavía estaría vivo, y seríamos tan amigos como siempre lo fuimos (SARAMAGO, 2010, p. 45).

Está claro que “llorar sobre leche derramada” como argumenta el narrador en la obra, no servía de mucho. Había otro objetivo por cumplir y por hacer. Caín revela la imagen de ese dios vengativo e impiadoso. Le quita la máscara y deja al descubierto su rostro real demostrando en algunos momentos de la obra que “el señor no es la persona de la que uno pueda fiarse” (SARAMAGO, 2010, p. 88).

En este sentido, es bueno recordar el episodio de diálogo entre Caín y el señor, en el capítulo III, donde dios le dice a Caín que harán un pacto de responsabilidad compartida por la muerte de Abel. También es importante recordar aquel diálogo entre Abraham y Caín cuando platican sobre el destino de Sodoma y Gomorra. Abraham le consultó al señor si en aquella ciudad, donde los hombres habían pecado y ofendido a dios, por sodomía serían perdonados, al menos, si hubiera diez personas inocentes, a lo que el todopoderoso respondió que sí, en “atención a esos diez” (SARAMAGO, 2010, p. 103); pero esas palabras no fueron respetadas ni cumplidas por él, porque al parecer no había ningún inocente allí. La primera demostración de su poder fue dejar ciegos a todos los hombres de Sodoma, segundo fue hacer caer fuego y azufre sobre esas ciudades destruyendo y aniquilando todo. Como si eso fuera poco, convirtió a la mujer de Lot en piedra por haberse dado vuelta y querer mirar las ruinas de aquella ciudad que tuvo que abandonar.

Después de presenciar esto, Caín cuestionó:

Tengo un pensamiento que no me deja, Qué pensamiento, preguntó Abraham, Pienso que había inocentes en Sodoma y en las otras ciudades que fueron quemadas, Si los hubiera, el señor habría cumplido la promesa que me hizo de salvarles la vida, Los niños, los niños eran inocentes, Dios mío, murmuró Abraham, y su voz fue como un gemido, Sí, será tu dios, pero no fue el de ellos (SARAMAGO, 2010, p. 108).

En este punto, es interesante destacar la figura del *inerme* que tanto le conmueve y lacera al protagonista de la novela. Allí está el punto clave para reflexionar. Adriana Cavarero escribe que:

El *inerme* es quien no tiene armas y, por lo tanto, no puede ofender, matar, herir. [...] el término tiende a indicar sobre todo a quien, atacado por otro con las armas, no tiene armas para defenderse. Indefenso y bajo el dominio del otro, *inerme*

es sustancialmente quien se encuentra en una condición de pasividad y sufre una violencia a la que no puede escapar ni responder (2009, p. 59).

En la novela es dios quien dispone y tiene como arma, el poder y la palabra, de hacer lo que deseé. Tiene la omnipotencia para crear o destruir a quien se interponga en su camino sin pensar en el desamparo, la vulnerabilidad o fragilidad de aquellas infancias, de aquellas vidas. Retomando las palabras de Cavarero se puede decir que “toda la escena está desequilibrada por una violencia unilateral. No hay ni simetría, ni paridad, ni reciprocidad” (2009, p. 59). Todo el horror está representado allí.

Pero la sed de sangre, del señor de los antepasados, aún no había sido saciada y las páginas de la obra del escritor portugués tienen mucho para narrar y representar; con esto se hace referencia al capítulo XII donde el “dios de israel” dijo:

Tome cada uno una espada, regrese al campamento y vaya de puerta en puerta matando al hermano, al amigo o al vecino. Y así fue como murieron cerca de tres mil hombres. La sangre corría entre las tiendas como una inundación que brotase del interior de la propia tierra, como si ella misma estuviera sangrando, los cuerpos degollados, los vientres abiertos rajados por la mitad yacían por todas partes, los gritos de las mujeres y de los niños eran tales que debían de llegar a la cima del monte sinaí, donde el señor se estaría regocijando con su venganza. caín no podía creer lo que estaba viendo con sus ojos. No bastaban sodomía y gomorra arrasadas por el fuego, aquí, en la falda del monte sinaí, quedó patente la prueba irrefutable de la profunda maldad del señor, tres mil hombres muertos sólo porque le irritaba la invención de un supuesto rival en figura de becerro, Yo no hice nada más que matar a un hermano y el señor me castigó, quiero ver quién va a castigar ahora al señor por estas muertes (SARAMAGO, 2010, p. 112).

Tal vez sea momento de recuperar el pensamiento de isacc, el hijo de abraham, aquel muchachito que no se encuentra ni “se entiende en esa religión” que le fue asignada, cuando se pregunta: “qué señor es ese que ordena a un padre que mate a su propio hijo” (SARAMAGO, 2010, p. 91); es momento de pensar en ese señor o en lo que hacen de él para que “enloquezca a las personas” y expulse al distinto.

Las palabras de Didi-Huberman hacen eco de esto cuando escribe que:

El acto de ver no es el acto de una máquina de percibir lo real en tanto que compuesto por evidencias tautológicas. El acto de dar a ver no es el acto de dar evidencias visibles a unos pares de ojos que se apoderan unilateralmente del “don visual” para satisfacerse unilateralmente con él. Dar a ver es siempre inquietar el ver, en su acto, en su sujeto. Ver es siempre una operación de sujeto, por lo tanto una operación hendida, inquieta, agitada, abierta (1997, p. 47).

En este sentido, se entiende que ver se puede poner en relación con el acto de reparar. Es el hecho de ver, considerar, reconocer, o de poner cuidado al otro en todas sus formas y dimensiones lo que nos habilita al acto seguido de pensar una reparación, sin deliberar ni elegir *entre lo que vemos y lo que nos mira*.

Las palabras del filósofo coreano Byung-Chul Han de su libro *La expulsión de lo distinto* (2019) permiten iluminar algunas reflexiones para entender la violencia de ese poder que funciona a través del miedo. El filósofo plantea que sólo con el miedo “se le abre a la existencia la posibilidad de su poder más propio. [...] con el miedo, la existencia se confronta con lo siniestro” (2019, p. 48). En la novela Dios muestra su poder destructor para aquellos que osen desautorizarlo, se lo presenta como cruel y vengativo.

En la actualidad, el “factor dios” es la gran máquina de muerte que hace uso de poder a través del miedo causando miles de fallecimientos. Pensemos, por ejemplo, el conflicto palestino — israelí, lo cual desata innumerables pasiones que bloquean y paralizan nuestros campos audiovisuales. Para Han “la muerte inscribe en el ente la negatividad del misterio, del abismo, de lo radicalmente distinto” (2019, p. 48-50). Esa negatividad es la que hace dar forma y disposición a esa condición del ser de uno mismo (*mismidad*), sin ésta se promueve una multiplicidad de lo que para él es lo *igual*. En este sentido, el filósofo coreano hace un juego semántico entre dos palabras: lo mismo y lo igual para expresar que un término no es equivalente al otro; “lo igual crece convirtiéndose en una masa amorfa [...] surge como una yuxtaposición indiferente, una masa proliferante de lo indiscernible” (HAN, 2019, p. 11), en cambio *lo mismo*, escribe Miguel Koleff refiriéndose al pensamiento Han —, en un artículo de su libro *La supervivencia de las luciérnagas* (2020) —

exige un nivel de discernimiento más empático; se instala como ruptura con ese pensamiento que niega cualquier otra posibilidad, incluso la de la comprensión más genuina de la

condición humana. En lo mismo hay una corriente de identidad atravesada por la idea de comunión y por eso entre el otro y el yo hay conexiones invisibles que nos recorren como en un espejo. La alteridad para Han siempre faculta lo distinto (2020, p. 51).

A modo de cierre se puede decir que Saramago, a través de la ficción y a través de la figura de caín logró derrumbar el muro de silencio y esa “demolición humana” a la que se expone una persona cuando ha visto ha visto a la Gorgona a los ojos. caín, el portavoz del dolor y la indignación, es un “verdadero testigo” porque como escribe Adriana Cavarero “ha probado el núcleo del horror” (2009, p. 64). caín es quien se enfrentó a la Gorgona y volvió al mundo para contarla. Él es el personaje que le habla al lector para decirle “despierta, reacciona, escucha, mira y desconfía”, el respeto y la solidaridad por el otro es la oposición ante la残酷. Tal vez como escribió Silvia Anderlini:

Ya no se trata de “justificar a dios” (mucho menos al “factor dios”) sino de recomponer el lenguaje acerca de todas estas cuestiones [...]. El artículo de Saramago se ubica en una línea de respuestas ante el mal que podría caracterizarse como la “impugnación de Dios”, particularmente a causa de su deformación o degeneración en el llamado “factor dios”. Aunque él, desde su actitud de respeto por la humanidad y sus creencias, se limita únicamente a pedirle al lector que desconfíe del “factor dios”, y no necesariamente que deje de creer en Él. Es una forma de “responder” ante el mal que aqueja a la humanidad, esta búsqueda y develamiento de las causas visibles y encubiertas que lo generan, ya que la ausencia de reflexión, de conciencia y de acción, nos convierten en cómplices de tanto sufrimiento (ANDERLINI en KOLEFF y FERRARA, 2007, p. 118).

Byung-Chul Han argumenta que la escucha es anterior al habla y este gesto incita al otro a hablar liberándolo para su alteridad. La escucha como ese medio sanador de vínculos fracturados en lo social que lleva a la conformación de una comunidad. “La escucha [dice Han] tiene una dimensión política. Es una acción, una participación en la existencia de otros, y también en sus sufrimientos. Es lo único que enlaza e intermedia entre hombres para que ellos configuren una comunidad” (2019, p. 120). Crear vínculos con la alteridad significa que se debe reconocer al otro en todas sus

formas y sentidos, haciendo del sufrimiento un medio compartido. En este punto, es importante no despolitizar el sentido político que el término “sufrimiento” merece, ya que éste es condición de sujeción y ligadura con lo distinto. Por eso es fundamental proponer una ética de la escucha para transitar un nuevo tiempo, porque “el tiempo del otro crea una *comunidad*. Por eso es un *tiempo nuevo*” (HAN, 2019, p. 123). La predisposición es fundamental para este acercamiento al otro, aquel o aquella que denominamos como distinto.

Notas

¹ José Saramago negó, una vez más, la cercanía a dios a pesar de la enfermedad que lo iba acorralando. Fiel a sus palabras y convicciones, al igual que Primo Levi citado en el epígrafe, muestra posicionamiento sobre eso en una entrevista que le realizaron en el diario *El País*, en Madrid, en agosto del 2009: “Tengo asumido que dios no existe, por tanto no tuve que llamarlo en la gravísima situación en que me encontraba. Y si lo llamara, si de pronto él apareciera, ¿qué tendría que decirle o pedirle, que me prolongase la vida?”. Y continúa Saramago: “Moriremos cuando tengamos que morir. A mí me salvaron los médicos, me salvó Pilar, me salvó el excelente corazón que tengo, a pesar de la edad. Lo demás es literatura, y de la peor”. Disponible en: *Saramago carga contra Dios y salva a Caín*. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2009/08/27/actualidad/1251324004_850215.html

² “(...) llegamos aquí [Lanzarote] por la triste circunstancia de una censura que sufrió del gobierno portugués en 1992. Mi novela *El Evangelio según Jesucristo* había sido elegida para representar a Portugal en el premio literario europeo. No importa si hubiera ganado o no, pero, a raíz de una acción manipuladora del alguna persona de la cultura (aquí Saramago no especifica de quién se trata, pero está aludiendo al subsecretario de cultura Sousa Lara que había justificado que su obra era ‘profundamente polémica’, en MARQUES LOPES, 2010 c, p. 126), el gobierno dijo que la novela no podía representar al país porque ofendía las creencias del pueblo portugués, cuya creencia universal, según parece es el catolicismo. [...] En febrero del '93 nos instalamos, cuando la casa aún no se había terminado -estaban los carpinteros, no había luz ni agua” (HALPERÍN, 2002, p. 41-42).

³ Entrevista a José Saramago en el diario *El País*: “La muerte es la inventora de Dios”. Este artículo apareció en la edición impresa del sábado, 17 de octubre de 2009. Disponible en: https://elpais.com/diario/2009/10/17/babelia/1255738349_850215.html

⁴ “Yo vivo desasosegado, escribo para desasosegar.” En: *La Revista de El Mundo*, Madrid, 25 de enero de 1998.

⁵ Entrevista recuperada por el archivo de *Casa de América* en la presentación de *Caín* el día 02 de noviembre del año 2009. Disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=CB7c37deigA>

⁶ Entrevista a José Saramago: “La muerte es la inventora de Dios”. En *El País*, Bebelia. Disponible en:
https://elpais.com/diario/2009/10/17/babelia/1255738349_850215.html

⁷ Ver conferencia pronunciada por José Saramago el 18 de marzo de 1998, en México, en el Colegio Nacional, sobre La nueva geografía de la novela, organizada por Carlos Fuentes. En: SARAMAGO, José. (2018). *El cuaderno del año del Nobel* p. 68; 235.

⁸ De ahora en adelante colocaré los nombres en minúscula de los personajes y ciudades que aparecen en la novela, tal como Saramago los utilizó en su propuesta consciente en democratizar y valorizar la naturaleza discursiva del lenguaje y las formas de poder que en ella opera.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio. *Lo que resta de Auschwitz*: el archivo y el testimonio. Buenos Aires: Ed. Adriana Hidalgo editora, 2017.
- AGUILERA, Fernando Gómez (Ed.). *José Saramago en sus palabras*. Buenos Aires: Alfaguara, 2010.
- BASILE, Teresa. (Coord.) *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, 2015.
- CAVARERO, Adriana. *Horrorismo*: Nombrando la violencia contemporánea. Traducción Salvador Agra. Rubí (Barcelona): Antropos Editorial; Mexico: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades, 2009.
- DIDI-HUBERMAN, Georges. *Lo que vemos, lo que nos mira*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 1997.
- HALPERÍN, Jorge. *Saramago*: “Soy un comunista hormonal”. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2002.
- HAN, Byung-Chul. *La expulsión de lo distinto*. Buenos Aires: Herder, 2019.
- KOLEFF, Miguel. *La supervivencia de las luciérnagas y otros ensayos de literaturas lusófonas*. Córdoba: Ferreyra Editor, 2020.
- KOLEFF, Miguel; FERRARA, M. Victoria. (Ed.) *III Apuntes Saramagianos. José Saramago y el siglo XXI*. Córdoba: EDUCC, 2007. Colección De Puño y Letra.
- LEVI, Primo. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: El Aleph Editores, 2002.
- MARQUES LOPES, João. *Saramago. Biografia*. São Paulo: LeYa, 2010.
- SARAMAGO, José. “El mundo después del 11 de septiembre de 2001”. Artículo “El factor Dios”. Barcelona: Península, 2002.
- SARAMAGO, José. *Caín*. Buenos Aires: Alfaguara, 2010.
- SARAMAGO, José. *El cuaderno del año del Nobel*. Buenos Aires: Alfaguara, 2018.
- SÓFOCLES. *Edipo Rey/Antígona*. Buenos Aires: La estación, 2009.